

Discurso del presidente de la República, Mauricio Funes, en el acto de entrega de la Orden al Mérito José Matías Delgado

Señoras, señores, amigas, amigos:

Hoy, 20 años después de su cruel asesinato, poner en las manos de los familiares y compañeros de Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López, el mayor reconocimiento que concede este país, como es la Orden José Matías Delgado, significa, para mí, retirar un velo espeso de oscuridad y mentiras para dejar entrar la luz de la justicia y la verdad.

Significa levantar la alfombra polvorosa de la hipocresía y empezar a limpiar la casa de nuestra historia reciente, nuestra casa.

Porque no es posible entender nuestro país y conocernos como comunidad si no conocemos el pasado común, nuestros héroes y nuestros mártires, sus dolores y alegrías, sus luchas encarnizadas y, sobre todo, en este caso, su aporte extraordinario al país.

Si algo demostraron estos hombres con su muerte es que la historia no la escriben unos pocos iluminados, ni tampoco aquellos que empuñan las armas más poderosas. La Historia, esa que se escribe con mayúscula, la escriben los pueblos, y para hacerlo necesitan de la memoria.

Por eso queremos que este sea un acto de recuperación de la memoria colectiva. Un reconocimiento a la labor de aquellos que siempre estuvieron del lado de los derechos humanos, de la democracia, de la búsqueda incansable de la justicia, de la construcción de la verdad y de la paz; porque es con su ejemplo con el que queremos construir un país nuevo.

Probablemente, algunos dirán que este es un homenaje tardío, y en el fondo les asiste la razón, pero les aseguro que también es realizado con el corazón y desde el convencimiento profundo de que ayudará a sanar heridas que llevan demasiado tiempo abiertas.

No me corresponde a mí ni a este Gobierno, respetuoso de la institucionalidad, juzgar a quienes asesinaron a los padres jesuitas y sus dos colaboradoras.

Esa es tarea de los tribunales de justicia y de instituciones como el Ministerio Público, que tiene por mandato constitucional el monopolio de la acción penal.

La función de un Gobierno como el que presido, que tiene como objetivo la unidad de todas y de todos, y los valores supremos de la paz y la justicia, es contribuir a crear el clima de entendimiento y de verdad que permita dejar atrás un pasado de tragedia y dolor, para comenzar a construir una patria justa, segura e inclusiva.

Por ello quiero destacar que los hermanos salvadoreños a los que hoy rendimos homenaje dieron su vida para que El Salvador saliera del círculo infernal del odio que engendra muerte y entrara en el camino de la reconciliación.

Hasta el último momento, Ignacio Ellacuría y sus compañeros lucharon por una salida negociada al conflicto que, en esos días más que nunca, enfrentaba a hermanos con hermanos.

Todos ellos fueron fieles a la palabra de monseñor Óscar Arnulfo Romero, amantes de la paz y la justicia, promotores de la unión de la familia salvadoreña.

Su condena decidida a la violencia, que paradójicamente los llevó a la muerte, fue su último sacrificio a este país. Un sacrificio que dio su fruto y contribuyó a que ahora podamos haber comenzado a construir una paz duradera, motivo por el cual merecen nuestro más grande reconocimiento.

Martirio del que participan también, por supuesto, sus dos colaboradoras, Elba y Celina Ramos.

Dicen que se puede matar al maestro, pero las semillas que dejó en sus discípulos siguen germinando y multiplicándose mucho más allá de su muerte.

Hoy, como discípulo que soy de estos maestros, quisiera contribuir a que esa semilla de paz siga creciendo y a que, ante los retos que nuevas formas de odio y violencia nos plantean cada día, seamos capaces de estrenar otra mirada, que es la mirada que nos enseñaron estos sacerdotes mártires que hoy modestamente homenajeamos.

Una mirada de unidad, de reconciliación y de respeto por la dignidad de las víctimas del pasado conflicto que solo se puede crear con la verdad.

Una mirada basada en el conocimiento y la aceptación del pasado que nos permita construir, de una vez por todas, un futuro sobre bases sólidas y ciertas, en el entendido que este pasado no volverá a repetirse.

Quisiera animar a todos y cada uno de los salvadoreños y salvadoreñas que me escuchan, a transitar, desde hoy, un nuevo camino que saque definitivamente la violencia de nuestros corazones.

Porque el día en que empecemos a ver en cada salvadoreño a un hermano, un amigo, alguien con quien trabajar para construir, alguien con quien compartir, crear y soñar para edificar..., ese día estaremos haciendo un verdadero homenaje a los padres jesuitas y al sueño por el que lucharon hasta el último momento de sus vidas.

Estaremos comenzando ese cambio cultural profundo del que les he venido hablando, ese paso adelante que nos hará crecer.

Hoy, frente al recuerdo del horror que embargó a este país al conocer la muerte de estos maestros, quisiera anteponer sus palabras de esperanza: “No hay retroceso cuando se ponen las manos en el arado del pueblo”, nos dijo Ellacuría.

Y yo les digo que este Gobierno, que es el Gobierno de todos y cada uno de los salvadoreños, no va a quitar las manos de ese arado.

En este acto, tan emotivo y profundamente significativo, mi llamado es a la unidad por la que lucharon estos hombres, mi llamado es a que todos tiremos de ese arado que es nuestro futuro y que solo nosotros podemos construir si definitivamente nos asumimos como hermanos y hermanas.

Espero que la inspiración de los padres jesuitas me acompañe en mi labor como presidente y que su recuerdo, ahora oficialmente y siempre en los corazones del pueblo, continúe guiando a nuestro país hacia los más altos valores de justicia, verdad y humanidad.

Antes de concluir mis palabras, deseo, a través de este sencillo pero justo acto en el que honramos la memoria de los seis sacerdotes jesuitas asesinados hace 20 años, reconocer también el trabajo de acompañamiento a las víctimas que en forma humilde llevaron a cabo sus dos colaboradoras, Elba y Celina Ramos.

Gracias a todos. Que Dios les bendiga.

San Salvador, 16 de noviembre de 2009.